

Lyn Webster Wilde

# Las amazonas

Mito e historia



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *A Brief History of the Amazons. Women Warriors in Myth and History*

Traducción de Javier Alonso López

Publicado originalmente en Gran Bretaña en 1999 con el título *On the Trail of the Women Warriors* por Constable y Co. Ltd. Esta edición de la obra fue publicada por Robinson en 2016. La traducción de la obra se ha publicado por acuerdo con Robinson, un sello editorial de Little, Brown Book Group, London.

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Sarcófago de las Amazonas: Lucha entre los griegos y las amazonas (*detalle*); proveniente de Tel Mevorah. Museo Rockefeller (Museo Arqueológico), Jerusalén, Israel

© Album

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Lyn Webster Wilde, 1999, 2016

© de la traducción: Javier Alonso López, 2017

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-925-8

Depósito legal: M. 23.693-2017

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

11	Agradecimientos
13	Introducción: ¿Quiénes fueron las amazonas?
25	1. Esencia de amazona
65	2. El secreto de las estepas
115	3. Ártemis, brillante y oscura
146	4. El rostro de Medusa de la diosa
170	5. La esfinge hitita
207	6. La fuente
243	7. Las bailarinas fantasma
271	8. Las últimas amazonas
293	Notas
299	Apéndices
301	Glosario
310	Tabla cronológica
312	Mapas
317	Índice de ilustraciones
319	Índice analítico y onomástico



*Para Colin, que se casó con el enemigo.*



# Agradecimientos

En primer lugar, mi más profundo agradecimiento a Natasha Ward por haber venido conmigo a Ucrania, y ser tanto amiga como traductora. Muchas puertas jamás se habrían abierto de no ser por su luminoso encanto y su brillantez lingüística. En Ucrania, Yura, Lida y Alyosha Serov, Anna Danielnova Shandur, Vira Nanivska y Valery Ivanov nos ofrecieron su más cálida hospitalidad, mientras que el Dr. Vitaly Zubar, del Instituto Arqueológico, nos acogió bajo su ala y nos presentó a las personas adecuadas, incluida la Dra. Elena Fialko, Lyubov Klotchko, el profesor Vetschislav Mursin y Ekaterina Bunyatin. Su fascinante y esmerado trabajo merece una atención mucho mayor de la que ha recibido hasta ahora. A esas dos mujeres guerreras de hoy en día, la Dra. Davis-Kimball y la profesora Renate Rolle, que fueron generosas con su tiempo y sus ideas. Frank y Nina Andrashko fueron pacientes y serviciales ante mis tenaces intentos por contac-

tar con la Profesora Rolle. El Dr. Mark Tkachuk nos cuidó en Moldavia, mientras que Mustafa Akkaya, el director del Museo de Samsun, me mostró las vistas y hallazgos de la zona costera del mar Negro con un justificado orgullo y entusiasmo. En Konya, Mustafa Elma y Mehmet Turan hicieron posible que viera la cara privada y no comercial de la danza de los derviches.

De regreso a Gran Bretaña, quiero dar las gracias a «Morocco», por el baile y la información de primera mano acerca de los tuareg; a Robin Waterfield, por su paciente ayuda con las fuentes griegas y por permitirme citar su excelente traducción de Heródoto; a Diane Stein, por introducirme en el oculto mundo de los hititas y los hurritas; al profesor Oliver Gurney, por sus detalladas respuestas a mis preguntas acerca de la diosa del trono; a Jill Hart, por sus traducciones del hitita; a la profesora Mary Boyce, por el ejemplo de su rigor académico; y a Jenny Lewis, por permitirme citar completo su poema *La Amazona*.

Debo asimismo un sincero agradecimiento a los muchos amigos que me han inspirado, desafiándome o alimentándome con útiles golosinas: Diane Binnington, Pomme Clayton, Cindy Davies, Lyn Hartman, Cherry Gilchrist, Nick Heath, la Dra. Sarah Shaw, Andrew O'Connell, Jane Oldfield, Chris Spencer, Jackie Spreckley y los generosos espíritus del Club de Internet las Amazonas Existen, incluidas «Ártemis», «Mirina» y Katherine Griffis.

Por último, estoy muy agradecida a mis padres, Jan y Drew Webster, por haberme ayudado financieramente mientras escribía este libro, y a mi esposo Colin, por apoyarme mientras él mismo sufría un insoportable dolor de espalda.

## Introducción

# ¿Quiénes fueron las amazonas?

La primera vez que me encontré con las amazonas fue mientras producía un programa de comedia para la BBC llamado *Revolting Women*. Cada semana teníamos una sección, «Mujeres de los pantanos», que trataba sobre una tribu matriarcal que vivía sin hombres en los pantanos a las afueras de Manchester. La inspiración para esta parodia, explicó el guionista, era la mítica raza de las amazonas, quienes, como pronto descubriría, estaban muy alejadas de los personajes amantes de la paz de nuestra serie: eran violentas, resistentes frente al dominio masculino, combatían sin compasión, mutilaban o mataban a sus descendientes varones y practicaban el sexo de forma anónima y promiscua a fin de quedarse embarazadas. Eran tan hermosas como crueles.

Aquel fue el comienzo de mi fascinación por las amazonas. Pronto descubrí que tenían muy poco que ver con el río Amazonas de Sudamérica, sino que pertenecían a

la franja del mundo griego clásico, a Asia occidental y a las estepas que rodean el mar Negro. Las verdaderas amazonas combatían en las páginas de Homero y Heródoto en las Edades del Bronce y del Hierro, mientras que la conexión sudamericana procede de las historias de viajeros y épocas muy posteriores que hablaban de grupos de mujeres armadas a las que llamaron «Amazonas» por sus antepasadas griegas. Pero en quiénes fueron realmente las amazonas, una vez traspasadas las referencias del mito, la historia y la leyenda, era donde, para mí, comenzaba el auténtico misterio.

Leí todo lo que pude acerca de ellas y, al final, me sentí poseída por un deseo de descubrir si habían existido o no en la realidad. No era sencillo: sin saberlo, estaba introduciéndome en un laberinto que no me escupiría fuera de él hasta que no hubiera seguido las pistas que me ofrecía hasta su amargo final. Esta búsqueda me ha conducido por las polvorientas profundidades de las bibliotecas, me ha llevado al interior de las brillantes pero desordenadas mentes de los académicos, a través de los reinos del feminismo, tanto inspirado como ideológico, dentro del mundo de los hechiceros, psicólogos y magos y, finalmente, a los recovecos más profundos de mi propio sentido de la identidad de género. He descubierto cosas sorprendentes, no solo acerca de las amazonas, sino también de cómo funciona la mente humana, cómo llega a conclusiones y a menudo ve únicamente lo que quiere ver, no lo que hay realmente (es decir, si es que hay, de hecho, algo que sea real). Tuve que luchar también con mi propia tendencia a dejarme llevar por el amplio y deslumbrante alcance de las cosas y pasar por

alto el detalle revelador, porque en esta historia el detalle es muy importante.

La mera idea de las Amazonas, de unas despiadadas mujeres guerreras que vivían apartadas de los hombres, excita a la gente a un nivel muy profundo. En algunas mujeres, surge la guerrera sexual: les gustaría hacer cosas violentas a los hombres que sienten que las han herido y han abusado de ellas; para muchos hombres, funciona como un aguijón erótico: les encanta la idea de ser dominados por una doncella de extremidades elásticas, o de someterla después de una lucha justa. Otras personas de ambos sexos se sienten realmente incómodas ante la idea de unas mujeres lanzándose a la batalla, despreciando su tendencia «natural» en favor de la crueldad y el dominio. Las feministas tienen un sentimiento de propiedad respecto a las Amazonas y quieren idealizarlas, ¡aunque eso resulta complicado! Los junguianos\* consideran su violencia femenina una perturbadora aberración en el ordenado mundo de los arquetipos; los clasicistas y arqueólogos muestran un cauto interés por ellas, o bien hacen afirmaciones exageradas, al igual que algunos entusiastas de las Amazonas con páginas en internet que han decidido *a priori* que estas maravillosas mujeres existieron tal y como dicen los mitos. Y para muchas mujeres adoradoras de la diosa, las Amazonas forman parte de una herencia a la que no renunciarían ni por todo el oro del mundo.

\* Seguidores de la idea de Carl Gustav Jung de la existencia de arquetipos (por ejemplo, *nacimiento, muerte, sabio, padre, madre*, etc.) que tienen un correlato en motivos universales de la mitología, la religión o las leyendas. (*N. del T.*)

Cuando se habla de las amazonas, resulta muy difícil hallar la objetividad; y, sin embargo, mientras llevaba a cabo esta investigación, no me resultó útil quedarme a salvo en el elevado nivel académico. Cada ‘hecho’ o ‘sugerencia’ acerca de las amazonas tenía reverberaciones e implicaciones para nuestra comprensión sobre qué son los hombres y las mujeres, y qué pueden ser si eliminamos nuestras ideas de lo que *deberían* ser. Hoy en día, en nuestra jerga hablamos libremente de «empoderamiento», pero ¿podemos *de verdad* imaginar qué tipo de «poder» tendría una sacerdotisa de mediana edad de Çatal Hüyük, en Anatolia central, tan solo observándola en una escultura con cráneos y leopardos realizada hace ocho mil años y depositada en una vitrina de un museo? ¿Y cómo se sentía una joven guerrera escita sobre la necesidad de aprender a luchar, usar el arco y la flecha, o una lanza? ¿Disfrutaba en el ejercicio de su agresión, o anhelaba estar en el hogar junto a su madre, o su esposo y sus hijos? ¿Cómo veía un hombre o mujer de Mesopotamia el poder de la hermosa y terrible diosa guerrera Ishtar, también con sus alas, armas y leones? ¿Qué hacía que los seguidores masculinos de la Cibele frigia se mostrasen dispuestos a castrarse ellos mismos a fin de servir a sus sacerdotisas?

No podemos ignorar estas preguntas si queremos comprender quiénes fueron las amazonas y cómo se crearon y moldearon los mitos acerca de ellas. Fueron mencionadas por primera vez en Homero, que las llamó «mujeres rivales de los hombres». En el siglo VI a. C., Esquilo escribió acerca de «aquellas famosas amazonas, que viven sin hombres y se alimentan de carne», afir-

mando que eran «vírgenes sin miedo en la batalla». Un siglo más tarde, Helánico las describía como «amazonas de escudos dorados, espadas de plata, amantes de hombres y asesinas de niños». Después comienzan las fascinantes variaciones.

Las amazonas eran especialmente reconocidas por dos rasgos: combatían brava y despiadadamente y vivían sin hombres, buscando únicamente la compañía masculina una vez al año a fin de concebir. En algunas versiones, devolvían los hijos varones a sus padres; en otras, los mutilaban o mataban. Algunos autores informaban de que en la infancia se cortaban un pecho para poder armar el brazo del arco sin impedimento o para que la energía se introdujese en su brazo de extensión. Los atenienses las clasificaban, junto a los persas y a los centauros, como enemigos bárbaros que al final siempre acababan derrotados por el equipo local. Siempre han sido representadas delgadas, musculadas y atractivas, bien con atrevidos pechos y muslos bien torneados en los vasos de figuras negras del siglo VI a. C. o bien con corsés elevadores y túnicas cortas en la serie de televisión *Xena: la princesa guerrera*.

Cuando comencé mi investigación sobre las amazonas, yo suponía que eran reales y habían existido. Sabía muy poca cosa de historia antigua o sobre los griegos clásicos; me sentía feliz por tragarme las grandes proclamas de escritoras feministas como Marija Gimbutas o Merlin Stone de que habían existido sociedades matriarcales en el Neolítico y la Edad de Bronce y que las amazonas habían sido unos vestigios de estas. Bajo la entrada «amazonas», voluminosas enciclopedias feministas enumeraban todo tipo de impresionantes mujeres guerreras, desde valqui-

rias hasta diosas celtas, y citaban confiadas fuentes que, sometidas a un examen más cercano, resultarían poco dignas de confianza. Efectivamente, era terreno pantanoso. Entonces, una vez que quedó a un lado el inicial y bastante ingenuo entusiasmo feminista, surgió un nuevo consenso: las amazonas *no* existieron. Oficial. Se escribieron muchos artículos eruditos, la mayoría obra de clasicistas feministas, señalando que las amazonas eran una especie de mecanismo de compensación para los patriarcas griegos: subyugaban a sus mujeres tan profundamente que sus propias conciencias culpables crearon un mito para demostrar las horribles cosas que ocurrirían si las mujeres se librasen de su yugo. O bien era un mito clásico «inverso» que formulaba la pregunta: «¿Qué habría ocurrido si los hombres no mandasen en el gallinero?». La respuesta siempre era: «Cosas malas». Respaldo como estaba por muchas mentes elevadas, este consenso resultaba bastante imponente, pero yo no estaba convencida.

Tenía en mi mente una imagen que no desaparecía: era de dos mujeres jóvenes, duras y fibrosas a lomos de caballos en una extensión de llanuras pantanosas. Horizontes ilimitados, una sensación de libertad y poder. Las mujeres no están luchando, tan solo charlan, disfrutando de la tranquilidad y el frescor del amanecer mientras sus caballos pacen en las hierbas altas. Podía oler el tomillo salvaje, sentir su deseo de permanecer allí y no continuar con lo que tuvieran que hacer. Y, sin embargo, sabía que eran amazonas, mujeres que podían montar a caballo y luchar y, si fuese necesario, matar. La imagen no decía si vivían apartadas de los hombres.

Sabía que era solo una imagen, pero ejercía cierto poder sobre mí. Me decía: «¡Ve y mira! ¡No aceptes la visión estereotipada!». Me parecía que aquellos académicos estaban enamorados de sus propios razonamientos ordenados y ninguno de ellos había abandonado sus escritorios, bibliotecas y ordenadores para ir y *buscar* realmente a las Amazonas. Tenía la corazonada de que estaban equivocados, y no estaba dispuesta a renunciar a esta corazonada tan solo porque la mera idea hiciese reír a los académicos. Pero ¿por dónde empezaría?

Como cualquier investigador, comencé «haciendo unas llamadas de teléfono». Resultó descorazonador: un jovial arqueólogo me dijo que las Amazonas eran, casi con toda certeza, «hititas con falda escocesa» a quienes los griegos habían confundido con mujeres al observarlos a distancia; una distinguida erudita junguiana dijo en un tono bastante malhumorado que las Amazonas eran «una aberración» en la que ella no estaba en absoluto interesada. Seguí con esmero las referencias en los enormes volúmenes feministas tan solo para descubrir cómo me conducían a las obras de ideólogos americanos que estaban más interesados en demostrar puntos de vista que en descubrir la verdad, o que citaban como «hechos» las maravillosas divagaciones y especulaciones poéticas de *La diosa blanca* o *Los mitos griegos* de Robert Graves.

A medida que investigaba, comencé a tener la sensación de que las historias de las Amazonas eran el comienzo de un hilo muy largo que parecía conducir directamente al corazón del misterio de las diferencias entre las energías masculina y femenina; no hacia tediosos debates sobre roles de género, sino algo mucho más

sugerente y desafiante. Por ejemplo, cuando me topé con unas referencias al poder de las «mujeres mágicas» o sacerdotisas hititas, me pregunté: «¿De qué tipo de poder estamos hablando aquí?». Vivimos en una cultura cristiana en la que las mujeres todavía poseen escasos papeles espirituales públicos (ahora se les permite ser sacerdotes, pero ciertamente no sacerdotisas que encarnen un poder sexual femenino). He mencionado anteriormente la famosa figurilla de la diosa/sacerdotisa de Çatal Hüyük, la «Dama de los leopardos», que tiene los pechos caídos y el vientre propios de una mujer mayor que ha dado a luz a muchos hijos. En Konya, a 50 kilómetros de Çatal Hüyük, contemplé la que parecía ser su «gemela», una campesina del siglo XX de carne y hueso, de menos de metro y medio de altura, con unos grandes pechos colgando y un enorme estómago con forma de media luna. Emanaba un crudo poder animal que las mujeres de Europa occidental hemos perdido casi por completo. Comparándome con ella, me sentí como un pobre fantasma.

En la misma línea, la arqueóloga Jeannine Davis-Kimball, excavadora de las tumbas de las mujeres guerreras del sur de Rusia, me habló de un encuentro que tuvo con una mujer nómada a caballo de Mongolia:

... una maravillosa joven mongola pasó a caballo. Impresionaba verla montar, estaba bien proporcionada y llevaba el pelo recogido, dejando al descubierto un rostro fuerte. Mostraba confianza y, al mismo tiempo, la facilidad que uno atribuye a nuestros vaqueros occidentales. Yo estaba junto a Victoria Veit, una muniquesa especialista en Mongolia, y la

mujer mongola cabalgó hacia nosotras, detuvo su caballo y entonces, como si fuéramos viejas amigas, posó con nosotras para unas fotos. Pronto la situación se tornó más divertida, pues un joven (fingiendo que pasaba por allí) se acercó cabalgando para ver qué ocurría. Él nunca había tenido la fuerza vital de la mujer. Puedo imaginármela desenvolviéndose con soltura en situaciones comprometidas.

Así pues, lo que los lectores encontrarán en este libro no es simplemente una búsqueda o una exploración de las fuentes del mito de las amazonas, sino la historia de un encuentro con las formas perdidas del poder femenino. Mi objetivo es mirar a ese poder directamente a la cara y no idealizarlo, decorarlo o demonizarlo. Estoy contando la historia desde el punto de vista de una mujer de finales del segundo milenio d. C. que quiso hallar de nuevo ese poder y *saber* qué era —aunque, debo subrayar, no quería ser poseída por él ni por el espíritu de las despiadadas guerreras amazonas de la Edad Oscura—. No soy una especialista en el mundo clásico o hitita, ni arqueóloga, antropóloga, historiadora o científica, pero me he esforzado por dominar los hallazgos más relevantes en todos esos campos y siento que este libro solo podía ser escrito por una generalista como yo. Cualquiera de los especialistas mencionados anteriormente se esmeraría en no dejarse atrapar por las complejidades de sus campos, pues, si se atreviesen a salir de su especialidad o asumieran un riesgo, les pondrían pegasa a todo lo que dijeran o serían denunciados por sus colegas especialistas. Afortunadamente, carezco de una reputación académica que construir o proteger.

Sin embargo, no quiero escribir el tipo de libro que acaba poniendo en relación todo con todo, o que dice que la investigación acaba demostrando exactamente la posición que el autor quería demostrar desde un principio. Y tampoco me propongo catalogar a todas las mujeres guerreras que en alguna ocasión hayan empuñado una espada o sostenido un arco en cualquier cultura, por muy pintorescas que puedan resultar (Jessica Amanda Salmondson ya ha llevado a cabo ese trabajo en su *Encyclopedia of Amazons*). En su lugar, este libro se limita en lo principal a una consideración de las amazonas en la mitología griega, examina varias posibilidades sobre lo que pudieron ser las fuentes de sus imágenes y sus mitos y sugiere también algunas nuevas.

No es posible sumergirse directamente en el corazón del problema. Puesto que en este campo hay muy poca objetividad, con todo el mundo deseando demostrar un punto de vista o una teoría de algún tipo, a menos que se esté bien preparado para el viaje, se corre el riesgo de enamorarse de la primera sirena que cante al alcance de nuestro oído, la primera teoría que suene plausible. Esa fue mi experiencia, en todo caso. Por eso, el capítulo uno intentará poner de manifiesto la esencia del mito de las amazonas. Tratará de ofrecer una panorámica general de la sociedad griega en la que surgió, que contó su historia, pintó sus imágenes y admiró su belleza y su fuerza, a fin de situarlas en su contexto y poder entonces identificar todas las posibles direcciones que podrían tomarse para descubrir de dónde procedían. En el capítulo dos comienza en serio la búsqueda, y nos lleva a la estepa ucraniana y al mar Negro para examinar los extraordina-

rios hallazgos de los restos de las mujeres guerreras en las tumbas de la Edad de Hierro. El capítulo tres explora la enigmática figura de Ártemis, la diosa de las Amazonas; el capítulo cuatro la cara oscura de Medusa de la diosa y algunos de los cultos religiosos dominados por las mujeres en el mundo griego antiguo. El capítulo cinco regresa a la costa turca del mar Negro en busca de los restos de la ciudad de las Amazonas, Temiscira, a fin de intentar resolver el misterio de la «diosa del trono» hitita y descubrir algo acerca del poder de las «mujeres mágicas». En el capítulo seis viajaremos atrás en el tiempo para conocer a Ishtar de Babilonia y a la «Dama de los leopardos» de Çatal Hüyük y examinar lo que los escritores de la época eduardiana denominaron «la idea oriental de la confusión de sexos». El capítulo siete sigue el rastro de las Amazonas africanas, que nos lleva hasta las costumbres matriarcales de los tuaregs de hoy en día, mientras el capítulo ocho se pregunta quiénes fueron las últimas Amazonas, y si existe hoy en día algún descendiente suyo.

Cuando comencé con esta investigación, creía verdaderamente que las tumbas de las mujeres guerreras escitas de Rusia y Ucrania proporcionarían algún tipo de respuesta definitiva a la pregunta: «¿Quiénes fueron las Amazonas?». Lo que consiguieron en realidad fue que me diera cuenta de que no existía una única respuesta: que la verdad sobre cómo se construyó y elaboró el mito era infinitamente más complicada.

Mi búsqueda me ha llevado en impredecibles direcciones y a conclusiones inesperadas, pero hay un par de palabras que tendré que utilizar y que debería explicar ahora para evitar confusiones. La primera es «matripo-

testal», que significa «poder otorgado a través de la madre», y la empleo a veces en lugar de «matriarcal» para describir sociedades donde la Gran Diosa Madre es el poder religioso central, pero que pueden no ser sociedades «matriarcales» en las que las mujeres ostenten el auténtico poder político. La segunda palabra es *shakti*, que es una palabra hindú utilizada para describir a la pareja femenina de un dios y el poder que encarna. Evoca un sentido de este poder que es a la vez erótico, inagotable, cautivador, aterrador, sensual, aniquilador: la hembra divina en acción. Sin embargo, este poder no pertenece a la diosa: surge entre ella y el dios; es un poder *activo*, y puede verse con toda claridad en las figurillas de las diosas de las serpientes de Creta, o en las estatuas de la diosa Parvati bailando de cualquier restaurante indio de su localidad. *No* es la energía de la tierra madre fecunda, tranquila y pacífica amada por los sentimentales adoradores de la diosa. Es el poder vital brillante, ardiente, del arquetipo femenino, se exprese en forma divina o humana. La descubrí como una palabra indispensable mientras escribía este libro porque, se diga lo que se diga sobre las amazonas, habrá que admitir que están llenas de *shakti*. Pero retienen el *shakti* de los hombres, lo que, a la larga, no puede ser, por supuesto, positivo para la civilización. Por lo tanto, deben ser destruidas. Pero antes de que se adentren al galope en la larga noche de los perdedores de la historia, descubramos quiénes fueron.

# 1. Esencia de amazona

## El cinturón robado

En Gran Bretaña, hasta hace muy poco, si alguien quería relajarse una tarde de sábado, podía encender la televisión y disfrutar de una hora de *Hércules* seguida de una hora de *Xena: la princesa guerrera*. Ambos programas presentaban historias de aventuras ambientadas en la mítica Edad Oscura griega en las que los malos combatían contra los buenos y al final vencían estos últimos. Los dos héroes, Hércules y Xena, con su fuerza mágica y su seco humor autocrítico, parecían existir en el mismo reino, combatir en el mismo bando –el bando del bien–. Pero, en realidad, en el mundo del mito griego, las amazonas y Hércules eran feroces enemigos declarados. Así pues, ¿cómo podrían luchar tanto la amazona Xena como Hércules en el bando de los buenos?